THOMAS MERTON

LA VIDA SILENCIOSA

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2009

ÍNDICE

PRESENTACIÓN <i>por Francisco Rafael de Pascual</i> . . .	9
PRÓLOGO: ¿QUÉ ES UN MONJE?	13

Primera parte
LA PAZ MONÁSTICA

I. <i>Puritas cordis</i> (La pureza de corazón).	21
II. <i>In veritate</i> (En verdad)	37
III. <i>In laboribus multis</i> (En muchos trabajos) . . .	43
IV. <i>In tabernaculo Altissimi</i> (En el tabernáculo del Altísimo)	51
V. <i>In unitate</i> (En unión)	63

Segunda parte
LA VIDA CENOBÍTICA

I. San Benito.	73
II. Los benedictinos.	81
Solesmes	85
<i>La Pierre Qui Vire</i> [primitivos benedictinos]	93
III. Los cistercienses.	103

Tercera parte
LA VIDA EREMÍTICA

I. Los cartujos	131
II. Los camaldulenses	145
EPÍLOGO: EL MONJE Y EL MUNDO	169
ÍNDICE ANALÍTICO Y DE NOMBRES	173

PRESENTACIÓN

Thomas Merton es un autor que reflexiona sobre lo que vive, y vive en continua reflexión. De ahí que algunos temas sean recurrentes y casi repetitivos en sus libros. De todos modos, en *La vida silenciosa* se plantean nuevamente ciertos aspectos de la vida monástica desde una perspectiva global y a la vez particular, dentro por supuesto, del ámbito cristiano.

Este libro aportará al lector no solamente unas ideas clave y fundamentales sobre el porqué y el valor de una vida en silencio, propia de los monjes cristianos, sino también los datos necesarios para comprender cómo la vida monástica ha tomado diversas formas en Occidente y cuáles son sus características principales.

Para Merton fue importante buscar una forma de vida adaptada a sus exigencias de soledad; pero hubo de aprender, tras la iniciación en la vida cisterciense, que la soledad es parte del debate entre el «yo imaginario y los proyectos e ilusiones» y el «yo real» que debe ser iluminado y visitado por «la luz de Dios que se abre paso en un alma humilde y vacía de sí misma».

A la vez que Merton, especialmente en el *Prólogo* de este libro, introduce al lector en los aspectos fundamentales de la vida monástica cristiana, va reflexionando sobre diversas formas de soledad que han cristalizado en

modos diversos de vida monástica comunitaria, y sobre cómo las comunidades monásticas han incorporado a sus fórmulas de espiritualidad los valores de la tradición.

El contexto histórico en que este libro se escribió es muy diferente del que vivimos ahora. Merton vislumbraba aires de cambio en las grandes comunidades monásticas anteriores al Vaticano II, y proponía, indirectamente, formas de renovación, o analizaba los pros y los contras de las grandes organizaciones monásticas de Occidente. Hoy día esa problemática está ampliamente superada, y la situación de las comunidades monásticas en Occidente es muy diversa, tanto por la reducción de monjes en los monasterios como por la media de edad de los mismos que, lógicamente, no permite llevar ya a cabo muchas de las actividades –litúrgicas, intelectuales, «laborales y empresariales»– que se realizaban hace treinta o cuarenta años. Hoy día las comunidades son mucho más reducidas, fuera de contadas excepciones; la renovación eclesial aportada por el Vaticano II ha llevado a las comunidades monásticas a un retorno a las fuentes de la espiritualidad monástica, y los esfuerzos de renovación y adaptación se diversifican en las comunidades según las capacidades reales y la situación geográfica de las mismas.

Por esto, quizás, *La vida silenciosa* cobra hoy una particular actualidad, pues así como es bueno para los monjes intentar inteligentemente tomar nota de la evolución habida en estos últimos años en el mundo cristiano en general y tratar de ofrecer una respuesta más acomodada a la situación cultural actual, también es importante para los lectores acercarse a la comprensión del valor o valores fundamentales sobre los que se asienta la vida monástica cristiana, sea en sus formas colectivas (cenobitismo) o individuales (eremitismo).

Las reflexiones de Merton sobre las diversas formas de vida monástica que aparecen en este libro (y que para muchos lectores resultarán un tanto «exóticas»), tienen hoy día un valor importante, como se manifiesta particularmente en el *Epílogo* del libro *–El monje y el mundo–*: «Pero en la soledad de su desprendimiento, tiene una vocación a la caridad más alta que cualquier otra persona. Porque quien ha dejado todas las cosas posee todas las cosas, quien ha dejado a todos los seres humanos habita en todos ellos por la caridad de Cristo, y quien por amor a Dios ha renunciado incluso a sí mismo es capaz de trabajar por la salvación de su prójimo con el irresistible poder del mismo Dios».

Si bien estas ideas no han sido nunca del todo ajenas al pensar de los monjes cristianos, cenobitas o ermitaños, hoy día se tornan particularmente significativas cuando las formas de vida monástica se diversifican y se abandona una cultura social cada vez más ajena a la influencia de las tradiciones y fórmulas monásticas, en lo que se refiere a la contemplación y la búsqueda de nuevos caminos espirituales. La meditación, el retiro más o menos prolongado, los espacios de silencio y soledad, las sesiones de zen y los «talleres» de silencio se hacen cada vez más frecuentes en nuestra sociedad ruidosa y ajetreada. La lectura de estas páginas puede ayudar mucho a aclarar conceptos en el terreno espiritual y de búsqueda personal de la auténtica soledad y pureza del corazón. Es posible que ayuden también a evitar algunos errores cometidos en el pasado, y, sobre todo, creemos, aportarán a los lectores más inquietos la ineludible responsabilidad inherente a todo ser humano: que la auténtica soledad se produce cuando se entra en la corriente en la que fluyen al mismo tiempo los deseos de Dios y los deseos del hombre, de modo que las acciones, el pensar y

el querer brotan del centro mismo del alma, centro del que también brota el Amor de Dios. Esa corriente de dos aguas, mezcladas y fluyendo al mismo ritmo –a veces en cascada, otras en remansos quietos y serenos–, lleva al hombre a la unificación y evita la dispersión.

FRANCISCO RAFAEL DE PASCUAL, cisterciense
Abadía de Viaceli
Pascua de 2008

PRÓLOGO: ¿QUÉ ES UN MONJE?

Un monje es un ser humano que ha sido llamado por el Espíritu Santo para abandonar las preocupaciones, los deseos y las ambiciones de otras personas y consagrar su vida entera a la búsqueda de Dios. Este concepto es familiar. La realidad que tal concepto significa es un misterio. Porque, de hecho, nadie en la tierra sabe exactamente qué significa «buscar a Dios» hasta que se pone a buscarlo. Ninguna persona puede decirle a otra lo que esta búsqueda significa a no ser que ésta esté iluminada, al mismo tiempo, por el Espíritu que habla dentro de su propio corazón. En definitiva, nadie puede buscar a Dios, si antes no ha sido encontrado por Él. Un monje es aquel que busca a Dios porque ha sido encontrado por Dios.

En pocas palabras, un monje es un «hombre de Dios».

Dado que todos los seres humanos han sido creados por Dios para que puedan encontrarlo, todos ellos han sido llamados, en cierto sentido, a ser «hombres de Dios». Pero no todos están llamados a ser monjes. Un monje, por tanto, es una persona llamada para entregarse exclusiva y perfectamente a la única cosa que necesitan todos los humanos: la búsqueda de Dios. Es lícito que otras personas busquen a Dios por un camino menos directo, que lleven una vida buena en el mundo, que construyan una familia cristiana. El monje pone estas

cosas a un lado, aun cuando puedan ser buenas. Avanza hacia Dios por el camino directo, *recto tramite*. Se retira del «mundo». Se consagra por completo a la oración, la meditación, el estudio, el trabajo y la penitencia, bajo los ojos de Dios. El monje se distingue incluso de las otras vocaciones religiosas por el hecho de que está dedicado esencial y exclusivamente a buscar a Dios, más que a buscar almas para Dios.

Afrontemos el hecho de que la vocación monástica tiende a presentarse a sí misma ante el mundo moderno como un problema y como un escándalo.

En una cultura fundamentalmente religiosa, como la de la India o Japón, el monje es, más o menos, una realidad que se da por supuesta. Cuando toda la sociedad está orientada más allá de la mera búsqueda pasajera de los negocios y el placer, nadie se sorprende de que las personas consagren sus vidas a un Dios invisible. En una cultura materialista, que es fundamentalmente irreligiosa, el monje es incomprensible porque «no produce nada». Su vida parece completamente inútil. Ni siquiera los cristianos se han visto libres de la preocupación por esta aparente «inutilidad» del monje, y estamos familiarizados con el argumento según el cual el monasterio es una especie de dínamo que, aun cuando no «produce» la gracia, procura este artículo espiritual infinitamente precioso para el mundo.

A los primeros padres del monacato no les preocuparon tales argumentos, aun cuando puedan ser válidos en su contexto apropiado. Los padres no pensaban que la búsqueda de Dios fuera algo que debía ser defendido. O, mejor dicho, consideraban que si los seres humanos no comprendían en primer lugar que había que buscar a Dios, no les serviría de nada ninguna otra defensa de la vida monástica.

Entonces, ¿es preciso buscar a Dios?

La ley más profunda del ser humano es su necesidad de Dios, de vida. Dios es Vida. «En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la acogieron» (Juan 1,4-5). La necesidad más profunda de nuestra oscuridad es recibir la luz que brilla en medio de ella. Por eso, Dios nos ha dado, como Su primer mandamiento: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, y con toda tu alma y con todas tus fuerzas». La vida monástica no es sino la vida de quienes se han tomado más en serio el primer mandamiento y, según las palabras de san Benito, «no han antepuesto nada al amor de Cristo».

Pero, ¿quién es Dios? ¿Dónde está? ¿Es el monaquismo cristiano una búsqueda de alguna pura intuición del Absoluto? ¿Un culto al Bien supremo? ¿Una adoración de la Belleza perfecta e inmutable? El mismo vacío de tales abstracciones deja frío el corazón. El Santo, el Invisible, el Todopoderoso es infinitamente mayor y más real que cualquier abstracción concebida por el ser humano. Mas Él dijo: «Nadie puede verme y seguir con vida» (Éxodo 33,20). Y, sin embargo, el monje insiste en pedir a gritos con Moisés: «Muéstrame tu rostro» (Éxodo 33,13).

El monje, por tanto, es un ser humano tan decidido a buscar a Dios, que está dispuesto a morir con tal de verlo. Por eso la vida monástica es tanto un «martirio» como un «paraíso», una vida «angélica» y «crucificada» al mismo tiempo.

San Pablo resuelve el problema: «Pues el mismo Dios que dijo: “Del seno de las tinieblas brille la luz”, la ha hecho brillar en nuestros corazones, para iluminarnos con el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo» (2 Corintios 4,6).

La vida monástica es el rechazo de todo lo que constituye un obstáculo para los rayos espirituales de esta misteriosa luz. El monje es un ser humano que deja atrás las ficciones e ilusiones de una espiritualidad meramente humana con el fin de sumergirse en la fe de Cristo. La fe es la luz que lo ilumina misteriosamente. La fe es el poder que se adueña de las profundidades de su alma, y lo entrega a la acción del Espíritu divino, el Espíritu de libertad, el Espíritu de amor. La fe se adueña de él, como el poder de Dios tomó posesión de los antiguos profetas, y «lo pone en pie» (Ezequiel 2,2) ante el Señor. La vida monástica es vida en el Espíritu de Cristo, una vida en la que el cristiano se entrega totalmente al amor de Dios, que lo transforma en la luz de Cristo.

«Porque el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad. Mas todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos: así es como actúa el Señor, que es Espíritu» (2 Corintios 3,17-18). Lo que san Pablo dijo de la vida interior de todo cristiano se convierte, con toda verdad, en el objetivo principal del monje que vive en su claustro solitario. Al buscar la perfección cristiana, el monje busca la plenitud de la vida cristiana, la completa madurez de la fe cristiana. Para él, «vivir es Cristo».

Para ser libre con la libertad de los hijos de Dios, el monje renuncia a su propia voluntad, a su poder de tener posesiones, a su amor al desahogo y la comodidad, a su orgullo, a su derecho a formar una familia, a su libertad para disponer de su tiempo según le plazca, a ir donde le apetezca y a vivir de acuerdo con su propio juicio. Vive solo, pobre, en silencio. ¿Por qué? Por lo que cree. Cree en la palabra de Cristo, que ha prometido: «Yo os ase-

guro que nadie que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos por el Reino de Dios, quedará sin recibir mucho más al presente y vida eterna en el mundo venidero» (Lucas 18,29-30).

Este libro es una meditación sobre la vida monástica, escrita por alguien que, sin ningún mérito propio, tiene el privilegio de conocer esa vida desde dentro. Si hay algo de valor en estas páginas, no procede de un especial talento del autor, que sólo trata de hablar como portavoz de una tradición multisecular, y como un indigno descendiente de san Benito y de los primeros apóstoles, a quienes todos los monjes contemplan como sus padres espirituales.

Así como no hay nada más desagradable que el intento de hacer propaganda de la vida monástica, así también hay pocas cosas más gratificantes que la esperanza de que se pueda dar a conocer algo del misterio interior de una vida tan rica en la misericordia y la bondad de Dios.

En estas páginas consideraremos en primer lugar algunos de los principales aspectos de la vida monástica como tal, y luego pasaremos a hablar de las órdenes monásticas más importantes que florecen en la Iglesia actualmente. Nuestra intención es dar una idea del espíritu monástico tal como se encuentra entre los cenobitas (benedictinos y cistercienses) y los ermitaños (cartujos y camaldulenses).

Al hablar de la nobleza del ideal monástico, y de la excelencia de esta particular forma de vida, en modo alguno queremos dar la impresión de que las órdenes monásticas son por su misma naturaleza superiores a otras instituciones religiosas, porque, después de todo, la mayor dignidad del monje reside en el hecho de que ha

abandonado la rivalidad y la búsqueda de humana gloria y se contenta con ser el último de todos. Para expresarlo de un modo más exacto: el monje no tiene patrón mediante el cual se pueda comparar con otros religiosos. Sus ojos no están vueltos hacia los campos de batalla de la llanura, sino que miran fijamente al desierto donde Cristo se aparecerá de nuevo a la derecha del Padre, viniendo en la gloria sobre las nubes del cielo.

El horizonte monástico es claramente el horizonte del desierto. Incluso cuando escribe para los cristianos del mundo, o pinta la imagen de Cristo Rey del universo para una parroquia o comunidad, el monje tiene su rostro vuelto hacia el desierto. Sus oídos no están sensibilizados con los ecos del apostolado que toma por asalto la ciudad de Babilonia, sino con el silencio de las lejanas montañas donde los ejércitos de Dios y del enemigo se enfrentan en una misteriosa batalla –de la que la batalla del mundo es sólo un pálido reflejo.

La Iglesia monástica es la Iglesia del desierto, la mujer que se ha refugiado en el desierto huyendo del dragón que trata de devorar al Verbo niño. Es la Iglesia que, a través de su silencio, nutre y protege la semilla del Evangelio sembrada por los apóstoles en los corazones de los fieles. Es la Iglesia que, por medio de su oración, fortalece a los propios apóstoles, tan frecuentemente hostigados por el monstruo. La Iglesia monástica es la que huye a un lugar especialmente preparado para ella por Dios en el yermo, y oculta su rostro en el Misterio del divino silencio, y ora mientras se libra la gran batalla entre tierra y cielo.

Su huida no es una evasión. Si el monje fuera capaz de entender lo que ocurre dentro de él, sería capaz de decir lo bien que sabe que la batalla se libra en su propio corazón.